

—Mira, ¡cuando yo lo decí! exclamó el señor Guerbet dando un codazo al señor Sarcus; ha encontrado alguna muchacha bonita en casa de Socquard y la hace subir á su coche.

—Esperando que... respondió el escribano.

—He ahí un hombre que no tiene malicia, exclamó el señor Guerbet intrrumpiendo al cantor de la *Bilboqueida*.

—Señores, estáis en un error, dijo la señora Soudry; el señor Rigou no piensa más que en nuestros intereses, y, si no me engaño, esa muchacha es una de las hijas de Tonsard.

—Es como el farmacéutico que se provee de viboras, exclamó el padre Guerbet.

—Por la manera que tenéis de hablar, cualquiera diría que habéis visto al señor Vermut, nuestro farmacéutico, respondió Gourdon.

Y señaló al boticario de Soulanges, que atravesaba en aquel momento la plaza.

—¡Pobre hombre! dijo el escribano, reputado de que gastaba continuas bromas con la señora Vermut; ¡mirad qué aire más ridículo!... ¡Y le creen un sabio!

—Sin él no sé cómo se arreglarían para hacer las autopias, respondió el juez de paz; ha sabido encontrar tan bien el veneno en el cuerpo de ese pobre Pigeron, que los químicos de París dijeron en la audiencia de Auxerre que no lo hubiesen hallado ellos mejor.

—Si no ha encontrado nada, respondió Soudry; pero, como dice el presidente Gendrin, hay que hacer creer á la gente que se encuentra siempre el veneno.

—La mujer de Pigeron ha hecho bien en marcharse de Auxerre, dijo la señora Vermut. Esa mujer es una estúpida y una infame. ¿Acaso hay necesidad de recurrir á las drogas para matar á un marido? ¿No disponemos de medios más seguros, pero inocentes, para desembarazarnos de ese ganado? ¡Ya quisiera yo encontrar un hombre que se atreviese á meterse en lo que yo hago ó dejo de hacer! Felizmente, Vermut no me molesta para nada; ahí está también la señora de Montcornet, que se pasea por sus jardines y parques con ese periodista que ha hecho venir de París, cuyos gastos ha sufragado, y á quien mima en presencia del general.

—¿Estáis segura de que le ha pagado los gastos? exclamó

la señora de Soudry. Si pudiésemos tener una prueba de ello, sería un bonito asunto para escribir una carta anónima al general.

—Con eso no adelantariamos nada, pues el Tapicero lo consiente.

—Y ¿qué es lo que consiente, hermosa mía? preguntó la señora de Soudry.

—Consiente que estén juntos, y él mismo les procura ocasiones para que se vean de noche.

—Si el pobre Pigeron hubiese tenido esa cordura, en lugar de molestar continuamente á su mujer, aun viviría, dijo el escribano.

La señora Soudry se inclinó sobre el señor Guerbet de Conches, que estaba á su lado, le hizo una de esas muecas de mono, que, lo mismo que los cubiertos de plata, creía haber heredado de su antigua ama, por derecho de conquista, y, redoblando su dosis de muecas y señalando á la señora de Vermut, que coqueteaba con el autor de la *Bilboqueida*, le dijo:

—¡Qué mujer de más mal tono! ¡Qué dichos y qué modales! No sé si podré admitirla por más tiempo en nuestra sociedad, sobre todo cuando esté el señor Gourdon el poeta.

—¡Esta es la moral social que existel! dijo el cura que lo había observado y oído todo sin decir palabra.

Dicho este epigrama, ó más bien, esta sátira de la sociedad, tan concisa y tan verdadera, que alcanzaba á todos, se acordó empezar la partida de brisca.

¿La vida, no es igual en todas las esferas de lo que se ha convenido llamar mundo? Cambiad los términos y veréis que no se dice nada menos, ni nada más, en los salones más elegantes de París.

CAPÍTULO III

EL CAFÉ DE LA PAZ

— Cuando Rigou pasó por el café de la Paz serían próximamente las siete. El sol poniente, que hería oblicuamente al bonito pueblo, extendía entonces sobre él sus bellos y

rojos rayos, y el claro espejo que formaban las aguas del lago contrastaba con el brillo de los iluminados cristales, en donde nacían los colores más raros y más improbables.

El profundo político, pensando en sus tramas, dejaba ir su caballo tan lentamente, que, al pasar por delante del café de la Paz, pudo oír su nombre en medio de esas disputas que, según la observación del cura Taupin, hacían que el nombre de este establecimiento fuese la antinomia de su aspecto habitual.

Para la inteligencia de esta escena, es necesario explicar la topografía de este país de Jauja, adornado con el café en la plaza, y terminado en el camino cantonal por el famoso Tívoli, que los directores de la trama destinaban para servir de teatro á una de las escenas de la conspiración urdida hacía ya tiempo contra el general Montcornet.

Por su situación en el ángulo formado por la plaza y el camino, el piso bajo de esta casa, construida por el estilo de la de Rigou, con tres ventanas que daban al camino, tiene en la parte de la plaza otras dos ventanas, entre las cuales se encuentra la puerta vidriera por donde se entra.

El café de la Paz, tiene además, una puerta de dos hojas, que va á dar al callejón que lo separa de la casa vecina. (la de Vallet, el mercero de Soulanges), y que da entrada á un patio interior.

Esta casa, pintada toda de color amarillo de oro, excepto las ventanas que lo están de verde, es una de las pocas casas de este pueblo que tienen dos pisos y buhardilla. He aquí por qué:

Antes de la asombrosa prosperidad de la Ville-aux-Fayes, el primer piso de esta casa, que contenía cuatro habitaciones provistas de un lecho cada una, y del pobre mobiliario necesario para justificar la palabra *amueblado*, se alquilaba á la gente que tenía necesidad de ir á Soulanges, ó á los forasteros que no se hospedaban en el castillo; pero hacía ya veinticinco años que estos cuartos amueblados no recibían más huéspedes que saltimbanquis, feriantes, sacamuélas ó viajantes de comercio. Los días que duraban las fiestas de Soulanges, las habitaciones se alquilaban á cuatro francos diarios. Estas cuatro habitaciones le producían á Socquard un centenar de escudos, sin contar el producto del consumo extraordinario que sus huéspedes le hacían en el café.

La fachada que daba á la plaza, estaba adornada con pin-

turas especiales. En el espacio comprendido entre cada ventana y la puerta se veían unos tacos de billar amorosamente atados con cintas; y encima de los nudos humecaban unos vasos de ponche servido en copas griegas. Estas palabras: *Café de la Paz*, brillaban pintadas de amarillo sobre fondo verde, y á uno y otro lado de este letrero se veían unas pirámides formadas por bolas de billar tricolores. Las ventanas, pintadas de verde, estaban provistas de cristales de vidrio común.

Una docena de cipreses, plantados á derecha é izquierda en cajones, y que debían llamarse los árboles del café, ofrecían una vegetación tan raquítica como pretenciosa. Los toldos con que los comerciantes de Paris ó de algunas ciudades opulentas protegen sus tiendas contra los ardores del sol, eran un lujo desconocido en Soulanges. Las redomas expuestas en los escaparates, merecían tanto más el nombre de frascos, por cuanto que el bendito licor sufría allí periódicas cocciones. Concentrando sus rayos á través de los vidrios, el sol hacía hervir las botellas de vino Madera, los jarabes, los licores, los potes de ciruelas y de guindas en aguardiente, pues el calor era tan grande, que obligaba á Aglae, á su padre y al mozo á sentarse en dos banquetas coloradas á cada uno de los lados de la puerta, y mal defendidos de los rayos del sol por los pobres arbustos que la señorita Socquard regaba con agua casi caliente. Algunos días se veía á los tres, al padre, á la hija y al mozo, tumbados como animales y durmiendo.

En 1804, época en que estaba muy en boga el *Pablo y Virginia*, el interior fué adornado con un papel brillante que representaba las principales escenas de esta novela. Se veía allí á los negros recolectando el café, que era lo que menos se gastaba en este establecimiento, en donde se vendían á lo sumo veinte tazas. Los productos coloniales eran tan poco conocidos en Soulanges, que si un extranjero hubiese ido á pedir una taza de chocolate, hubiese puesto al padre Socquard en los más grandes apuros; sin embargo, hubiese obtenido el nauseabundo y moreno líquido hervido que producen esas pastillas en que entra más harina, almendras machacadas y azúcar morena, que azúcar buena y cacao, y que vendían á diez céntimos los abaceros de la aldea, que las fabricaban con objeto de arruinar el comercio de este producto español.

Respecto á café, el padre Socquard lo hacía hervir en un utensilio conocido en todas las casas con el nombre de *pot*, ponía en el fondo café en polvo mezclado con achicoria, y servía esta pócima con una sangre fría digna de un monarca de París, en una taza de porcelana que, aunque la tirasen al suelo, no lograríais romperla.

En este momento, el santo respeto que causaba el azúcar bajo el emperador, no se había extinguido aún en el pueblo de Soulanges, y Aglae Socquard llevaba arrogantemente cuatro terrones de azúcar, gordes como avellanas, para una taza de café, á los feriantes que tenían á bien pedir esta bebida literaria.

El decorado interior, compuesto de espejos con marco dorado y de perchas para colgar los sombreros, no se había cambiado desde la época en que todo Soulanges había ido á admirar sus hermosos tapices y un mostrador pintado á imitación de la *gaoba*, con piedra mármol, en la que brillaban unos jarrones y unos quinqués, que, según se decía, habían sido dados por Gaubertin á la hermosa señora Socquard. Una capa de mugre lo cubría todo, y esta capa sólo podía compararse á la que cubre á todos los cuadros viejos olvidados en los desvanes.

Las mesas pintadas imitando el mármol, los taburetes forrados de terciopelo de Utrech encarnado, y el quinqué con pantalla de porcelana, que pendía del techo por medio de una cadena, empezaron á dar celebridad al café de la Guerra.

Desde 1802 á 1804 iban allí todos los habitantes de Soulanges á jugar al dominó y á la berlanga, bebiendo copitas de licor, vino cocido, y comiendo frutas en aguardiente y bizcochos, pues la carestía de los productos coloniales había desterrado al café, al chocolate y al azúcar. El ponche era una gran golosina, lo mismo que las *bavarias*. Estas preparaciones se hacían con una materia azucarada, almibarada, semejante á la melaza, cuyo nombre se ha perdido, pero que constituyó entonces la fortuna de su inventor.

Estos sucintos detalles traerán otros análogos á la memoria de los viajeros; y los que no han salido nunca de París podrán entrever el techo del café de la Paz ennegrecido por el humo, y sus espejos empañados por millares de puntos negros, que probaban la independencia con que vivía allí la clase de los dípteros.

La hermosa señora Socquard, cuyas galantes aventuras

sobrepasaron á las de la Tonsard de la Grande-I-Verde, había tenido allí su trono, y había vestido á la última moda, sintiendo gran afición por el turbante de las sultanas. Bajo el Imperio, la *sultana* gozó de la misma fama de que goza hoy el *ángel*.

Todo el valle iba allí en otro tiempo á tomar por modelo las cintas, los sombreros, las gorras y los peinados chinoscos de la hermosa cafetera, á cuyo lujo contribuían los grandes señores de Soulanges. Junia Socquard fué la que constituyó la casa, pues su marido le debía la propiedad de una viña, de la casa que habitaba y del Tívoli. Según se decía, el padre de Lupin había hecho locuras por la hermosa Socquard, que le había sido quitada por Gaubertin.

Estos detalles y la ciencia secreta con que Socquard fabricaba el vino cocido, bastaría para explicar el por qué se habían hecho populares su nombre y el café de la Paz. Pero había otras razones que contribuían á este renombre: en casa de Tonsard y en las demás tabernas del valle, sólo se encontraba vino; mientras que desde Conches hasta la Villeaux-Fayes, en una circunferencia de seis leguas, el café de Socquard era el único en que se podía jugar al billar y beber ese ponche que tan admirablemente preparaba su dueño. Allí era el único sitio en que se bebían vinos extranjeros, licores finos y frutas en aguardiente.

Su nombre se oía en el valle casi todos los días, acompañado de las ideas de voluptuosidad con que sueña la gente cuyo estómago es más sensible que el corazón. A estas causas hay que añadir aún la de formar parte integrante de las fiestas de Soulanges. En el orden inmediatamente superior, el café de la Paz era para el pueblo, lo que la taberna de la Grande-I-Verde era para el campo: un depósito de veneno que servía de tránsito á los chismes entre la Villeaux-Fayes y el valle. La Grande-I-Verde proveía de leche y de crema al café de la Paz, y las dos hijas de Tonsard mantenían relaciones diarias con este establecimiento.

Para Socquard, la plaza de Soulanges era un apéndice de su café. El Alcides iba de puerta en puerta hablando con todos, y llevando por todo vestido un pantalón y un chaleco medio desabrochado. La misma gente con quien conversaba le advertía si entraba alguien en su establecimiento, al que se dirigía entonces muy despacio y como con pesar.

Estos detalles tienen que convencer á los parisienses que

no han salido nunca de París, de la dificultad, mejor dicho, de la imposibilidad de ocultar nada en el valle del Avonne, desde Conches hasta la Ville-aux-Fayes. En los campos no existe ninguna solución de continuidad; de trecho en trecho, se encuentran tabernas de la Grande-I-Verde y cafés de la Paz, que hacen el oficio de ecos, y en donde los actos más indiferentes y llevados á cabo con el mayor secreto, repercuten por una especie de magia. La charlatanería social desempeña el papel de telegrafía eléctrica; de este modo es como se llevan á cabo esos milagros de tener noticias de los desastres ocurridos á enormes distancias en un abrir y cerrar de ojos.

Después de haber detenido su caballo, Rigou bajó de su calesa y ató las bridas á uno de los postes de la puerta del Tívoli. Después encontró un pretexto natural para oír la disputa sin que lo pareciese, colocándose entre dos ventanas, por una de las cuales podía ver á las personas, estudiar los gestos y oír al mismo tiempo las palabrotas que resonaban en los cristales y que la calma exterior permitía oír.

—Y si yo le dijese al padre Rigou que tu hermano Nicolás persigue á la Pechina, que la acecha á todas horas, ¿no podría ese señor fastidiar á todo el hato de canallas que componéis la Grande-I-Verde? exclamó una voz agria.

—Aglae, si llegases á hacer eso, respondió la chillona voz de María Tonsard, te aseguro que lo que yo te hiciese sólo podrías contárselo á los gusanos de tu tumba. No te mezcles en los asuntos de Nicolás, ni en lo que yo pueda tener con Bonnebault.

Como se ve, María, estimulada por su abuela, había seguido á Bonnebault; espiándole, le había visto, por la ventana en que se estacionaba en este momento Rigou, desplegando sus gracias y echando piropos bastante agradables á la señorita Socquard para que ésta le dispensase una sonrisa. Esta sonrisa determinó la escena, en medio de la cual se dejó oír aquella revelación tan preciosa para Rigou.

—Y bien, padre Rigou, ¿no hacéis honor á mi casa? dijo Socquard poniendo una mano sobre el hombro del usurero.

El cafetero, que venía de un hórreo situado al extremo de su jardín y destinado á guardar en él varios juegos públicos, como máquinas de pesar, caballos del tío vivo, peligrosos balancines, etc., que constituían el mobiliario y

adorno de su Tívoli, había llegado sin hacer ruido, pues llevaba zapatillas de cuero amarillo, cuya baratura hace que se usen considerablemente en provincias.

—Si tuvieseis limones frescos, tomaría una limonada, dijo Rigou; la tarde está calurosa.

—Pero ¿quién chilla de ese modo? dijo Socquard mirando por la ventana y viendo á su hija en discusión con María.

—Se disputan á Bonnebault, dijo Rigou con aire sardónico.

La ira del padre quedó comprimida en Socquard por el interés del cafetero. Este juzgó prudente escuchar desde afuera como hacía Rigou; mientras que el padre hubiese querido entrar y declarar que Bonnebault, lleno de cualidades inestimables para un cafetero, no tenía ninguna buena para ser yerno de uno de los más notables de Soulanges. Y, sin embargo, el padre Socquard recibía pocas proposiciones de casamiento. A los veintidós años, su hija, como anchura, espesor y peso, hacía competencia á la señora Vermichel, cuya agilidad resultaba ser un fenómeno. La costumbre de estar en el mostrador aumentaba aún la tendencia á la obesidad que Aglae había heredado de su padre.

—¿Qué diablo tienen esas muchachas en el cuerpo? preguntó el padre Socquard á Rigou.

—¡Ah! tienen el diablo que la Iglesia acostumbra á coger con más frecuencia.

Socquard, por toda respuesta, se puso á examinar, en las pinturas que separan las ventanas, los tacos de billar, cuya reunión se explicaba difícilmente á causa de los sitios en que faltaba el mortero agujereado por la mano del tiempo.

En este momento, Bonnebault salió del billar con un taco en la mano y le dió á María un fuerte golpe con él, diciéndole:

—Me has hecho errar el golpe; pero contigo si que no lo yerro, y voy á estar dándote palos hasta que le eches un candado á esa lengua.

Socquard y Rigou, que juzgaron conveniente intervenir, entraron en el café por la parte de la plaza y levantaron una cantidad de moscas tan grande, que oscureció la luz. El ruido fué semejante al que producen los lejanos ejercicios de la escuela de tambores. Después de pasado el primer

susto, estas grandes moscas de azulado vientre, acompañadas de mosquitos y de moscas de macho, volvieron á ocupar su puesto en el escaparate, en que, sobre tres planchas de madera, cuya pintura había desaparecido bajo los puntos negros, se veían botellas mugrientas, formando filas como si fuesen soldados.

María lloraba. Ser golpeada delante de su rival por el hombre amado es una de esas humillaciones que no soporta ninguna mujer, cualquiera que sea la esfera social que ocupe, y cuanto más baja sea ésta, más violenta es la expresión de su odio; así es que la Tonsard no vió ni á Rigou ni á Socquard; cayó sobre un taburete, guardando un melancólico y taciturno silencio, que fué espiado por el antiguo religioso.

—Aglac, busca un limón fresco y enjuaga tú misma un vaso.

—Habéis hecho muy bien haciendo salir de aquí á vuestra hija, pues, sin duda, iba á ser herida de muerte, dijo en voz baja Rigou á Socquard.

Y le mostró con una mirada la mano con que María había empuñado el taburete para arrojarlo sobre la cabeza de Aglac.

—Vamos, María, dijo el padre Socquard colocándose delante de ella, no se viene aquí para coger taburetes... pues si llegases á romperme los espejos, seguramente que no me los pagarías con la leche de tus vacas.

—Padre Socquard, vuestra hija es una infame, y yo valgo tanto como ella, ¿lo sabéis? Si no queréis á Bonnebault por yerno, ya es tiempo de que le digáis que vaya á jugar al billar á otra parte, pues aquí pierde siempre su dinero.

Al empezar este flujo de palabras, gritadas más bien que dichas, Socquard cogió á María por la cintura y la arrojó fuera á pesar de sus gritos y de su resistencia. El momento fué oportuno, pues Bonnebault salía de nuevo del billar con los ojos encendidos por la rabia.

—¡Esto no puede quedar así! exclamó María Tonsard.

—¡Lárgate de aquí inmediatamente! aulló Bonnebault, á quien Viollet sostenía por la cintura para impedir que se entregase á alguna brutalidad; vete de aquí al infierno, ó te juro que nunca vuelvo á hablarte ni á mirarte.

—¿Tú? dijo María dirigiendo á Bonnebault una furibunda

mirada. Antes, devuélveme mi dinero, y entonces te dejaré con la señorita Socquard, si es que ella es bastante rica para atraerte.

Después de haber dicho esto, María, asustada al ver que Alcides Socquard apenas podía sostener á Bonnebault, que dió un salto como un tigre, se escapó.

Rigou hizo subir á María en su calesa á fin de sustraerla á la cólera de Bonnebault; después de haber escondido á María, se bajó para tomar su limonada, examinando el grupo formado por Plissoud, por Amaury, por Viollet y por el mozo del café, que procuraba calmar á Bonnebault.

—Vamos, á vos os toca jugar, húsar, dijo Amaury, jovencito rubio y de turbios ojos.

—Además, ya se ha marchado, dijo Viollet.

Si alguien expresó nunca la sorpresa fué Plissoud, en el momento en que vió al usurero de Blangy sentado en una de las mesas. Esta circunstancia llamaba mucho más su atención que la disputa de las dos muchachas. A pesar suyo, el alguacil dejó ver en su rostro esa especie de asombro que causa el encuentro de un hombre á quien se odia ó contra el cual se trama algo, y se volvió inmediatamente al billar.

—Adiós, padre Socquard, dijo el usurero.

—Voy á traeros el coche, repuso el cafetero; esperad un poco.

—¿Cómo hacer para saber lo que esta gente habla entre sí? se preguntaba á sí mismo Rigou, que vió en el espejo la cara del mozo.

Este mozo tenía dos fines: trabajaba la viña de Socquard, barría el café y el billar, tenía el jardín limpio y regaba el Tívoli, todo por veinte escudos al año. Iba siempre sin chaqueta, á no ser en las grandes ocasiones, y llevaba por todo traje un pantalón de tela azul, gruesos zapatos, un chaleco de terciopelo rayado, y, cuando estaba de servicio en el café ó en el billar, un delantal de tela blanca. Este delantal constituía las insignias de sus funciones. Este muchacho había sido alquilado por el cafetero en la última feria, pues en este valle, como en toda Borgoña, los criados se alquilan en la plaza por años, enteramente lo mismo que si se alquilasen caballos.

—¿Cómo te llamas? le preguntó Rigou.

—Miguel, para serviros, respondió el mozo.

—¿No ves por aquí algunas veces al padre Fourchon?

—Dos ó tres veces por semana, con el señor Vermichel, que me da alguna propina para que esté á la mira y le advierta el momento en que su mujer se dispone á atacarle.

—Es un buen hombre el padre Fourchon, instruido é inteligente, dijo Rigou, que pagó su limonada y dejó aquel nauseabundo café, viendo que el padre Socquard estaba ya con la calesa delante de la puerta del café.

Cuando iba á subir al coche, Rigou vió al farmacéutico, y le saludó con un: «¡Hola, señor Vermut!» Al reconocer al ricachón, Vermut apretó el paso, y Rigou fué á su encuentro, y le dijo al oído:

—¿Creéis que existan reactivos que puedan desorganizar el tejido de la piel hasta el punto de producir un mal como un panadizo en el dedo?

—Si el señor Gourdon lo visita, sí, respondió el sabio.

—Vermut, no digáis ni una palabra de esto á nadie, porque si no reñiríamos; pero habladle á Gourdon, y decidle que venga á verme pasado mañana.

Después, el antiguo alcalde, dejando al farmacéutico asombrado, subió á la calesa y se sentó al lado de María Tonsard.

Inmediatamente ató las bridas del caballo á un anillo que había en la delantera del coche, y, cuando vió que el caballo tomaba su paso natural, cogió á María del brazo y le dijo:

—Viborilla, ¿crees acaso que vas á tener sujeto á Bonnebault entregándote á semejantes violencias? Si tú fueses lista, favorecerías su casamiento con ese tonel, y entonces podrías vengarte.

María no pudo menos de sonreirse, y respondió:

—¡Ah! ¡qué malo sois! ¡ya se conoce que sois el amo de todos nosotros!

—Escucha, María, yo amo á los aldeanos; pero es preciso que ninguno de vosotros se oponga á mis proyectos... Como ha dicho Aglae, tu hermano Nicolás persigue á la Pechina. Eso no está bien, pues yo protejo á esa niña; pienso dejarle en mi testamento treinta mil francos, y quiero casarla bien. He sabido que Nicolás, ayudado por tu hermana Catalina, ha estado á punto de matar á esa niña esta mañana; es preciso que hables á tu hermano y á tu hermana y que les digas lo siguiente: «Si dejáis en paz á

la Pechina, el padre Rigou salvará á Nicolás de la quinta».

—Sois el diablo en persona, exclamó María; dicen que habéis hecho un pacto con él... ¿Es posible eso?

—Sí, dijo gravemente Rigou.

—Nos lo decían en las veladas, pero yo no lo creía.

—Me ha garantizado que ningún atentado dirigido contra mí podrá alcanzarme, que no me robarán nunca, que viviré cien años sin enfermedad alguna, que saldré airoso en todo, y que, hasta la hora de mi muerte, seré joven como un gallo de dos años...

—Todo eso ya se ve bien, dijo María. Y ¿también os es fácil por mediación del diablo salvar á mi hermano de la quinta?

—Si él quiere, sí; pero es preciso que pierda un dedo, yo le diré cómo se las ha de arreglar, repuso Rigou.

—¡Cómo! ¿tomáis por el camino de arriba?

—Nunca paso por ahí de noche, respondió el antiguo monje.

—¿A causa de la cruz? dijo sencillamente María.

—Por eso mismo, tunantona, respondió este diabólico personaje.

Habían llegado á un lugar en que el camino vecinal atravesaba una débil elevación del terreno. Esta cortadura formada por el camino ofrece dos declives á uno y otro lado, muy parecidos á los que se ven en casi todas las carreteras de Francia.

Al extremo de esta garganta, que tiene unos cien pasos de longitud, los caminos de Ronquerolles y de Cerneux forman una encrucijada, en donde hay una cruz. Desde ambos lados de la carretera un hombre puede apuntar á un pasajero y matarlo casi á boca de jarro, con tanta más facilidad, por cuanto que esta eminencia está cubierta de viñas, y un malhechor puede impunemente emboscarse en los zarzales de escaramujo que brotan al azar. Fácilmente se comprenderá ahora la causa que inclinaba al prudente usurero á no pasar nunca por allí de noche; el Thune rodea á este montículo, llamado el Cercado de la Cruz. Imposible encontrar sitio más favorable para una venganza ó para un asesinato, pues el camino de Ronquerolles va á unirse con el puente del Avonne, delante del pabellón que sirve de punto de cita para la caza, y el camino de Cerneux conduce al otro lado de la carretera real de manera que entre los cua-

tro caminos de los Aigues, de la Ville-aux-Fayes, de Ronquerolles y de Cerneux, el asesino puede escoger el que quiera y dejar en la incertidumbre á los que se pusiesen en su persecución.

—Voy á dejarte á la entrada de la aldea, dijo Rigou cuando vió las primeras casas de Blangy.

—Por causa de Anita, ¡eh! ¡viejo cobarde! exclamó María. ¿Pensáis despacharla pronto? ¡Hace ya tres años que la tenéis!... Lo que más me divierte de todo es el ver cómo se sostiene vuestra vieja... Parece que el buen Dios se venga concediéndole salud.

CAPÍTULO IV

EL TRIUNVIRATO DE LA VILLE-AUX-FAYES

El prudente usurero había acostumbrado á su mujer y á Juan á que se acostasen y se levantasen con el día, probándoseles que la casa no podría ser atacada nunca si él velaba hasta las doce de la noche y se levantaba tarde. De este modo no sólo gozaba de tranquilidad desde las siete de la noche hasta las cinco de la mañana, sino que, además, tenía acostumbrados á su mujer y á Juan á respetar su sueño y el de Agar, cuyo cuarto estaba situado detrás del suyo.

De modo que al día siguiente por la mañana, á eso de los seis y media, la señora Rigou, que se encargaba por sí misma de los trabajos y limpieza del corral en compañía de Juan, fué á llamar tímidamente á la puerta de su marido.

—Rigou, le dijo, me has encargado que te despierte.

El sonido de esta voz, la actitud de esta mujer, su aire temeroso obedeciendo á una orden cuya ejecución podía ser mal recibida, pintaban la profunda abnegación en que vivía esta pobre criatura y el afecto que profesaba á este hábil tiranillo.

—Está bien, gritó Rigou.

—¿Hay que despertar á Anita? preguntó.

—No, dejadla dormir. Ha estado en pie toda la noche, dijo seriamente.

Este hombre estaba siempre serio, aun en los momentos

en que se permitía decir algún chiste. En efecto, Anita había abierto misteriosamente la puerta á Sibilet, á Fourchon y á Catalina Tonsard, llegados todos á horas diferentes, entre once y una.

Diez minutos después, Rigou, vestido más cuidadosamente que de ordinario, bajó y dió á su mujer un: «Buenos días, vieja mía», que la hizo más feliz que si hubiese visto á sus pies al general Montcornet.

—Juan, le dijo al ex lego, no dejes la casa, y ten cuidado que no me roben, porque tú perderías más que yo.

Mezclando la dulzura y los sofiones, las esperanzas y los golpes, fué cómo este sabio egoísta había vuelto á sus tres esclavos tan fieles y tan adictos como si fuesen perros.

Rigou, tomando como siempre el camino de arriba para evitar el Cercado de la Cruz, llegó á la plaza de Soulanges á eso de las ocho.

En el momento en que ataba las bridas á una argolla que estaba próxima á la puertecita con tres escalones, se abrió la ventana, y Soudry asomó su cara picada de viruelas, á la que dos ojillos negros daban una expresión de astucia.

—Empecemos por tomar un bocadillo, porque no almorzaremos en la Ville-aux-Fayes hasta la una.

Llamó en voz muy baja á su criada, que era tan joven y bonita como la de Rigou, y una vez que ésta se hubo presentado le dió la orden de que fuese á buscar un pedazo de jamón y pan. Después él mismo se fué á la bodega á buscar el vino.

Rigou contempló por milésima vez aquel comedor entarimado con madera de encina, de techo con molduras, amueblado con hermosos armarios, con zócalo de madera y provisto de una hermosa estufa que provenía del comedor de la señorita Laguerre. El respaldo de las sillas tenía la forma de una lira, la madera pintada y barnizada de blanco, y el asiento de tafete verde, con clavos dorados. La madera de caoba estaba cubierta con un tapete de hule con cenefa verde. El entarimado, minuciosamente fregado y frotado por Urbano, acusaba el cuidado con que se hacen servir las antiguas camareras.

—¡Bah! esto es demasiado caro, se dijo Rigou. Lo mismo se come en mi sala que aquí, y en cambio me queda la renta del dinero que pudiese costarme el amueblar mis habitaciones con ese esplendor inútil. ¿En dónde está la señora

Soudry? preguntó al alcalde de Soulanges, que apareció armado de una venerable botella.

—Está durmiendo.

—Y ¿no turbáis nunca su sueño? le dijo Rigou.

El gendarme guiñó un ojo con aire de truhán, y le mostró el jamón que traía Juanita, su bonita criada.

—Este bonito pedazo de jamón sí que le despierta á uno, dijo el alcalde; está hecho en casa y lo hemos empezado ayer.

—Compadre, á ésta no la conocía yo. ¿En dónde la habéis pescado? dijo el antiguo benedictino al oído de Soudry.

—Es como el jamón, respondió el gendarme guiñando de nuevo un ojo. La tengo hace ocho días.

Juanita, que llevaba aún su gorro de dormir, que iba en enaguas, sin medias y con zapatillas, con una chambrá á la moda de la clase aldeana, no parecía menos apetitosa que el jamón alabado por Soudry. Pequeñita y regordita, dejaba ver sus desnudos brazos, al extremo de los cuales se veían gruesas manos con hoyuelos y dedos cortos y bien formados, todo lo cual anunciaba una salud á toda prueba. Tenía la verdadera cara de una borgoñona: encarnadota, pero blanca por las sienes, por el cuello y por las orejas; los cabellos castaños, los ojos vivos, las narices abiertas y la boca sensual; después estaba dotada de una expresión de vivacidad, atemperada por una actitud modesta y engañosa, que hacía de ella un modelo de criada bribonzuela.

—A decir verdad, Juanita se parece al jamón, dijo Rigou. Si no tuviese una Anita, desearía una Juanita.

—Vale tanto la una como la otra, dijo el ex gendarme, pues vuestra Anita es amable, rubia y delicada... ¿Cómo está la señora Rigou?... ¿Duerme? repuso bruscamente Soudry para hacer ver á Rigou que comprendía la broma.

—Se despierta al mismo tiempo que el gallo, pero se acuesta con las gallinas. Yo me quedo leyendo el *Constitucional*. Por la noche y por la mañana mi mujer me deja dormir, y no se atrevería á entrar en mi cuarto por nada del mundo.

—Aquí ocurre lo contrario, respondió Juanita. La señora se queda jugando con los del pueblo, á veces hay quince en el salón; el señor se acuesta á las ocho y nos levantamos al amanecer.

—Eso parece diferente, pero en el fondo viene á ser lo

mismo, dijo Rigou. Pues bien, hermosa mía, venios á mi casa y yo enviaré aquí á Anita; eso será lo mismo y parecerá diferente.

—¡Viejo pillol! dijo Soudry, que la haces ruborizarse.

—¡Cómo! gendarme, ¿no quieres más que un caballo en tu cuadra? En fin, cada uno es feliz á su modo.

Juanita, por orden de su amo, fué á preparar lo necesario para lavarse y vestirse.

—¿Le habrás prometido que te casarás con ella cuando tu mujer se muera? preguntó Rigou.

—A nuestra edad, no nos queda más remedio que ese, respondió el gendarme.

—Con muchachas ambiciosas, sería ese un medio de que uno se quedase pronto viudo.

Esta última palabra dejó pensativos á los dos esposos. Cuando Juanita volvió á anunciar que todo estaba dispuesto, Soudry le dijo: «Ven á ayudarme», y este dicho hizo sonreír al antiguo benedictino.

—Ahí tienes una diferencia más: yo te dejaría sin temor con Anita, compadre.

Un cuarto de hora después, Soudry, muy peripuesto, subió á la calesa de mimbre, y los dos amigos dieron vuelta al lago de Soulanges para ir á la Ville-aux-Fayes.

—¿Y ese castillo? dijo Rigou al llegar al lugar en que se veía el castillo de perfil.

El viejo revolucionario dió á estas palabras un acento que revelaba el odio que alimentan los burgueses del campo contra los grandes castillos y las grandes tierras.

—Mientras yo viva, espero verle en pie, replicó el antiguo gendarme; el conde de Soulanges ha sido mi general, me ha hecho favores, me ha conseguido la pensión, y deja administrar sus tierras á Lupin, cuyo padre ha hecho aquí su fortuna. Después de Lupin, será otro, y, mientras que existan Soulanges, se respetará esto. Estos señores son buena gente, no se meten con nadie y están satisfechos.

—¡Ah! el general tiene tres hijos, que es fácil que á su muerte no estén de acuerdo; un día ú otro, el marido de su hija y los hijos litigarán y se verá precisado á vender esto á algún comerciante á quien nosotros sabremos empujar.

El castillo de Soulanges apareció de perfil como si quisiese desafiar al exclaustro monje.

—¡Ah! sí, antiguamente se construían cosas muy bue-

nas... exclamó Soudry. Pero el señor conde hace economías en este momento para poder crear en Soulanges el mayorazgo de la dignidad de par.

—Compadre, respondió Rigou, los mayorazgos caerán.

Una vez agotado el capítulo de intereses, los dos amigos empezaron á hablar de los respectivos méritos de sus camareras en un jerga tan borgoñona, que no sirve para ser impresa. Esta inagotable conversación los llevó tan lejos, que llegaron al pueblo en que reinaba Gaubertin, y este pueblo acaso excite bastante la curiosidad para que mis lectores puedan permitirme que haga sobre él una pequeña digresión.

El nombre de la Ville-aux-Fayes, aunque extraño, se explica fácilmente por la corrupción de este nombre (en latín, *Villa in fago*, la morada en los bosques). Este nombre dice claramente que en otro tiempo la delta formada por el Avonne y su confluente, estaba cubierta por un bosque. Un franco construyó sin duda una fortaleza sobre la colina, que va á morir por medio de suaves pendientes á la larga llanura en que Leclercq, el diputado, había comprado su tierra. Separando con un grande y largo foso esta delta, el conquistador se creó una posición formidable, una plaza esencialmente señorial, para percibir los derechos de portazgo en los puentes, y para velar por los derechos de molienda que tenían que pagar los molinos.

Tal es la historia de los orígenes de la Ville-aux-Fayes. En donde quiera que se ha establecido una dominación feudal ó religiosa ha engendrado intereses, habitantes y más tarde pueblos, cuando las localidades se encontraban en disposición de atraer, de desarrollar ó de fundar industrias. El procedimiento encontrado por Juan Rouvet para transportar las maderas y que exigía sitios favorables para interceptarlas, creó la Ville-aux-Fayes, la cual, hasta entonces, comparada con Soulanges, no fué más que una aldea. La Ville-aux-Fayes pasó á ser el depósito de maderas que, en una extensión de doce leguas, se ve en sus orillas. Los trabajos exigidos para la extracción de la madera del agua y demás requisitos de transporte, atrajeron un gran número de obreros. La población excitó el consumo é hizo nacer el comercio. Así es que la Ville-aux-Fayes, que no contaba más que con seiscientos habitantes al final del siglo xvi, concaba dos mil en 1790, y Gaubertin la había hecho extender á cuatro mil. He aquí cómo:

Quando la asamblea legislativa decretó la nueva circunscripción del territorio, la Ville-aux-Fayes, que se encontró situada á la distancia en que, geográficamente, se hacia necesaria una subprefectura, fué escogida con preferencia á Soulanges, como cabeza de partido. La subprefectura llevó consigo el establecimiento del tribunal de primera instancia y concentró allí á todos los empleados del concejo. El aumento de la población parisiense, aumentó necesariamente el comercio de la Ville-aux-Fayes. Gaubertin basó su fortuna en esta nueva previsión, comprendiendo la influencia de la paz sobre la población parisiense, que, en efecto, desde 1815 á 1825, aumentó más de un tercio.

La configuración de la Ville-aux-Fayes está indicada por la del terreno. La barrera para detener las maderas estaba en la parte baja de la colina ocupada por el bosque de Soulanges. Entre esta barrera y el pueblo había un arrabal. La parte baja del pueblo, situada en la parte más ancha de la delta, estaba bañada por las aguas del lago del Avonne.

Encima de la parte baja del pueblo, quinientas casas con jardines, que tienen su asiento en la altura, desmontada hace ya trescientos años, rodean aquel promontorio de tres lados, gozando todas de los múltiples aspectos á que da origen el diamantado mantel del lago del Avonne, ocupado por trenes de construcción en su orilla y por pilas de madera. Las aguas, cargadas con la madera del río, y las bonitas cascadas del Avonne, que, situado á mayor elevación que el río en que desemboca, alimenta los molinos y las presas de algunos fabricantes, forman un cuadro muy animado, tanto más curioso por cuanto que está encuadrado por las verdes masas de los bosques, y porque el largo valle de los Aigues forma una magnífica oposición con los sombríos colores que dominan á la Ville-aux-Fayes.

Enfrente de esta vasta cortina, la carretera real, que pasa el agua por medio de un puente, á un cuarto de legua de la Ville-aux-Fayes, va á dar al principio de un pasco de árboles, en donde se encuentra un pequeño arrabal agrupado en torno de la posta. El camino vecinal da también una vuelta para ganar este puente, y, por lo tanto, se une con la carretera.

Gaubertin se había construido una casa en la parte baja del pueblo, con objeto de hacer ésta tan hermosa como la parte alta. Esta casa la construyó con piedra, siguiendo el

estilo moderno, con balcones con persianas, y ventanas sin más adorno que un griego debajo de la cornisa, tejado de pizarra, un solo piso y desvanes, un hermoso patio, y detrás un jardín á la inglesa, bañado por las aguas del Avonne. La elegancia de esta casa movió á la subprefectura, alojada provisionalmente en un corral, á venir á colocarse enfrente, á un palacio que el departamento se vió obligado á construir, á instancias de los diputados Leclercq y Ronquerolles. El pueblo se construyó allí también su alcaldía. La audiencia tuvo asimismo allí un palacio construido recientemente, de modo que la Ville-aux-Fayes debió al antiguo genio de su alcalde una porción de edificios modernos muy imponentes. Para acabar el cuadro que había de formar la plaza, se construyó allí el cuartel de los gendarmes.

Estos cambios, de que estaban orgullosos los habitantes, eran debidos á la influencia de Gaubertin, que acababa de recibir hacía algunos días la cruz de la Legión de Honor con motivo del próximo santo del rey. En un pueblo constituido de este modo y de creación moderna, no se encontraba ni aristocracia ni nobleza. Así es que los vecinos de la Ville-aux-Fayes, orgullosos con su independencia, se interesaban por las cuestiones ocurridas entre los aldeanos y un conde del Imperio que se afiliaba al partido de la Restauración. Para ellos, los opresores eran los oprimidos. El espíritu de este pueblo comerciante, era tan conocido por el gobierno, que habían nombrado subprefecto de él á un hombre de espíritu conciliador, al discípulo de su tío, al famoso de los Lupeaulx, uno de esos hombres acostumbrados á las transacciones, familiarizados con las exigencias de todos los gobiernos, y á quien los puritanos políticos llaman gente corrompida.

El interior de la casa Gaubertin había sido decorado siguiendo las invenciones del lujo moderno. Componían el decorado ricos papeles con franjas doradas, arañas de bronce, muebles de caoba, mesas redondas de mármol, sillas con asiento de taflete y grabados al aguatinta en el comedor, un mobiliario tapizado con casimir azul en el salón; todos detalles fríos y de una excesiva sencillez, pero que pasaron por ser en la Ville-aux-Fayes los últimos esfuerzos de un lujo sardanapalesco. La señora Gaubertin desempeñaba allí el papel de elegante y hacía mil remilgos y melindres á pesar de sus cuarenta y cinco años, como alcaldesa que go-

zaba de una posición segura y que contaba con su corte. ¿La casa de Rigou, la de Soudry, y la de Gaubertin, no son, para el que conoce Francia, la perfecta representación de la aldea, del pueblo y de la subprefectura?

Sin ser hombre ocurrente y de talento, Gaubertin lo parecía; debía la precisión de sus juicios y su malicia á un excesivo afán por la ganancia. No quería la fortuna ni para su mujer, ni para sus dos hijas, ni para su hijo, ni para él mismo, ni por espíritu de familia, ni por la consideración que da el dinero; además de su venganza, que le hacía vivir, le gustaban los negocios como á Nucingen. La marcha de éstos constituía su vida, y, aunque estaba ya rico, desplegaba la misma actividad que si fuese un pobre. Semejante á los criados de teatro, las intrigas, los engaños, los proyectos, las farsas, las astucias comerciales, la rendición de cuentas, las escenas, las contiendas de interés, le animaban; le mantenían la sangre en circulación y hacían cesar su cólera. Iba y venía á caballo, en coche, por agua; iba á las ventas de adjudicaciones en París, pensaba siempre en todo y tenía mil líos entre sus manos sin que ninguno le embarazase para nada.

Vivo, decidido en sus movimientos como en sus ideas, pequeño, regordete, nariz fina, ojos relucientes y orejas tiesas, tenía algo del perro de caza. Su rostro curtido, moreno y redondo, del que se destacaban unas orejas tostadas, pues usaba generalmente gorra, estaba en armonía con su carácter. Su nariz era arremangada y sus apretados labios no se abrían nunca para pronunciar una palabra benévola. Sus pobladas patillas formaban dos zarzales negros y brillantes, debajo de dos pómulos muy encarnados, y se perdían en su corbata. Unos cabellos medio rizados naturalmente, como los de la peluca de un viejo magistrado, blancos y negros, retorcidos como por la violencia del fuego que calentaba su ardiente cráneo, y que brotaba por sus ojos garzos envueltos por arrugas circulares, causadas, sin duda, por la costumbre de guiñar los ojos cuando miraba á lo largo del campo en pleno sol, completaban su fisomía. Seco, delgado, nervioso, tenía las manos velludas, ganchudas y jorobadas, propias de la gente que está muy pagada de su persona. Este continente agradaba á la gente con quien trataba, pues envolvía una alegría engañosa; sabía hablar mucho sin decir nada de lo que quería callarse; escribía poco, para poder negar lo que

le era desfavorable en lo que él dejaba escapar. Sus escrituras estaban en poder de un cajero, un hombre probo, á quien las gentes del carácter de Gaubertin saben buscar en provecho propio teniéndole siempre seguro.

Quando la pequeña calesa de mimbres de Rigou apareció, á eso de las ocho, en la avenida que, desde la puerta, corre paralela al río, Gaubertin, con gorra, con botas y con chaqueta, venía ya de trabajar; comprendiendo que la llegada de Rigou no podía tener más móvil que el *gran negocio*, apresuró el paso.

—Buenos días, padre gavilán; buenos días, panza llena de hiel y de sabiduría, dijo dando sucesivamente un pequeño golpecito en el vientre de cada uno de los dos visitantes; tenemos que hablar de negocios, y lo haremos con el vaso en la mano. ¡Qué diablo! esa es la verdadera manera de hacerlo.

—Pensando de ese modo, deberíais estar mucho más gorro, dijo Rigou.

—Trabajo demasiado; no estoy, como vosotros, confinado en mi casa, ni acoquinado aquí como un viejo ridículo... ¡Ah! para vos es la vida, que podéis comer, beber y pasear sin apuraros, toda vez que los parroquianos van á buscaros á casa... ¡Pero qué diablo! entrad, ya sabéis que mi casa es vuestra mientras permanezcáis aquí.

Un criado con librea azul, adornada con cordoncillo encarnado, fué á coger el caballo por las bridas y lo llevó al patio en que se encontraban las cocheras y las cuadras.

Gaubertin dejó á sus huéspedes paseándose por el jardín, y volvió á unirse con ellos después del momento necesario para dar las órdenes oportunas á fin de que organizarasen el almuerzo.

—Y bien, ¿qué hay, lobeznos míos? dijo frotándose las manos; hoy han visto la gendarmería de Soulanges que se dirigía hacia Conches; sin duda van á prender á todos los que están condenados por delitos cometidos en los bosques... ¡Por vida del demonio! eso excitará los ánimos... A esta hora, dijo mirando el reloj, ya deben estar detenidos.

—Probablemente, dijo Rigou.

—Y bien, ¿qué se dice en la aldea? ¿qué se ha acordado?

—¿Qué se ha de acordar? contestó Rigou. Nosotros no figuramos para nada en eso, dijo mirando á Soudry.

—¡Cómo! ¿para nada? Y si se venden los Aigues á causa

de nuestras combinaciones, ¿quién ganará con eso quinientos ó seiscientos mil francos? Yo no tengo aún los riñones bastante fuertes para poder escupir dos millones, pues he tenido que establecer tres hijos, y como mi mujer no quiere hablar de economías domésticas, necesito asociados. ¿El padre gavilán no tiene dispuestos sus fondos? No tiene ninguna hipoteca que no esté á punto de hacerse efectiva. Yo entro en el negocio con ochocientos mil francos; mi hijo, el juez, con doscientos mil; contamos con Soudry para doscientos mil; ¿con cuánto queréis entrar vos, amigo ex monje?

—Con el resto, dijo friamente Rigou.

—¡Pardiez! ya quisiera yo poder decir otro tanto. Y ¿qué haréis?

—Haré lo que vos hagáis; decid cuál es vuestro plan.

—Mi plan, repuso Gaubertin, es vender la mitad de lo que compre á doble precio del que me ha costado, á los que quieran terrenos en Conches, Cerneux y Blangy. El padre Soudry tendrá sus parroquianos en Soulanges, y vos los tendréis aquí. Esto no tiene dificultad alguna; pero ¿cómo nos entenderemos entre nosotros? ¿Cómo nos repartiremos los grandes lotes?

—¡Dios mio! nada más sencillo, contestó Rigou. Cada uno tomará el que más le convenga. En primer lugar, yo no espero dejar descontento á nadie; tomaré los bosques con mi yerno y el padre Soudry; estos bosques están bastante devastados para que no los deseéis; os dejaremos vuestra parte en el resto; me parece que ya sale dinero.

—¿Nos firmaríais eso? dijo Soudry.

—El acta no valdría nada, repuso Gaubertin. Además, que ya veis que obro lealmente; yo me fío en todo de Rigou; él será el adquiridor.

—Con eso basta, dijo Rigou.

—No pongo más que una condición, y es que se me ha de ceder el pabellón de la Cita con sus dependencias y cincuenta fanegas de tierra; os pagaré las fanegas. Pienso hacer del pabellón una casa de campo que estará cerca de los bosques. Mi mujer, doña Isaura, como ella quiere que la llamen, desea ir á pasar allí los veranos.

—No hay inconveniente, dijo Rigou.

—Entre nosotros, repuso Gaubertin en voz baja, después de haber mirado á todas partes y haberse asegurado

de que nadie podía oírle, ¿les creéis capaces de dar algún golpe?

—¿Qué clase de golpe? preguntó Rigou, que no quería nunca comprender nada con medias palabras.

—¿Si el más furibundo de la banda hiciese silbar una bala en los oídos del conde, nada más que para asustarle...?

—Si se hiciese eso, el general es hombre capaz de correr detrás del que le hubiese tirado y se apoderaría de él.

—¿Entonces á Michaud?

—Michaud no diría nada tampoco; espiaría y acabaría por descubrir al hombre y á los que le han armado.

—Tenéis razón, repuso Gaubertin. Será preciso que se subleven treinta ó cuarenta á la vez, de ese modo mandarán algunos á presidio y nos ahorraremos el trabajo de librarnos de esos tunantes, después de habernos servido de ellos. Tenéis allí dos ó tres bandidos como los Tonsard y Bonnebault...

—Tonsard cometerá alguna majadería... yo le conozco, y haremos que Piernacorta y Vaudoyer le exciten, dijo Soudry.

—Piernacorta es mío, dijo Rigou.

—Yo tengo á Vaudoyer en mi mano.

—Prudencia, dijo Rigou; ante todo prudencia.

—¿Qué! querido ex monje, ¿creéis que puede haber mal alguno en hablar de este asunto dado el cariz que va tomando? ¿No somos nosotros los que sufrimos los juicios verbales, los que espigamos y los que nos aprovechamos de la leña del bosque?... Si el señor conde sabe arreglárselas, si se entiende con un cortijero general para la explotación de los Aigues, en ese caso, adiós nuestros proyectos, y vos perderéis seguramente más que yo. Lo que decimos es entre nosotros y para nosotros, porque ciertamente que no diré yo á Vaudoyer una palabra que no pueda repetir ante Dios y los hombres... pero no veo inconveniente alguno en que uno prevea los acontecimientos y se aproveche de ellos cuando ocurren... Los aldeanos de este concejo están hasta la coronilla; las exigencias del general, su severidad, las persecuciones de Michaud y de sus inferiores, les tiene muy irritados; hoy están ya tan desesperados, que apostaría á que ha habido camorra con los gendarmes... Basta, si os parece, de esto, y vamos á almorzar.

La señora Gaubertin fué á buscar á sus convidados al jardín. Era una mujer blanca, de largos bucles á la inglesa que caían á lo largo de sus mejillas, que desempeñaba el

género apasionado virtuoso, que fingía no haber conocido nunca el amor, que sujetaba á todos los funcionarios á un interrogatorio platónico, y que tenía por discípulo al procurador del rey, su *patito*, según decía ella. Bailaba, tenía modales propios de una jovencita, á pesar de sus cuarenta y cinco años, y, además, los pies muy grandes y las manos horrosas. Quería que la llamasen Isaura, pues en medio de sus tonterías y ridiculeces, tenía el buen gusto de juzgar innoble el nombre de Gaubertin; tenía los ojos pálidos y los cabellos de un color indeciso, de una especie de nanquín sucio. Finalmente había sido tomada como modelo por muchos jóvenes que asesinaban el cielo con sus miradas y que se fingían inocentes.

—Señores, dijo saludándoles, tengo que daros raras noticias, la gendarmería ha vuelto ya.

—¿Ha hecho prisioneros?

—Absolutamente ninguno, pues, de antemano, el general había pedido su perdón... Se le ha concedido para celebrar el feliz aniversario de la vuelta de nuestro rey.

Los tres asociados se miraron.

—Ese coracero es más sagaz de lo que yo creía, dijo Gaubertin. Vamos á almorzar, hay que consolarse; después de todo, no hay nada perdido y sí únicamente aplazado; ahora os toca á vos, Rigou.

Soudry y Rigou volvieron muy contrariados por no haber podido imaginar nada que promoviese una catástrofe que les fuese provechosa, y por la necesidad de fiarlo todo al azar, como les había dicho Gaubertin. Lo mismo que algunos jacobinos, que en los primeros días de la Revolución, furiosos, derrotados por la bondad de Luis XVI, provocaron los rigores de la corte con objeto de promover la anarquía, que para ellos era la fortuna y el poder, los temibles adversarios del conde de Montcornet pusieron su última esperanza en el rigor que Michaud y sus guardas desplegasen contra nuevas devastaciones; Gaubertin les prometió su concurso sin hablarles para nada de sus cooperadores, pues no quería que conociesen sus relaciones con Sibilet. Nada iguala á la discreción de un hombre del temple de Gaubertin, á no ser la de un ex gendarme ó la de un sacerdote exclaustado. Este complot no podía ser llevado á cabo á no ser por tres hombres de este género, templados por el odio y el interés.